

EL MERIDIANO

Magdalena Lasala

Aragón pendiente

GRAN idea y gran primera experiencia la semana del 'Aragón Negro', donde Juan Bolea conjuntó diversos conceptos y marcos culturales, y muy a mano la imagen para evocar capítulos que siguen pendientes en esta tierra. Como la enorme desinformación que existe sobre la figura y la institución del Justicia de Aragón, una de las señas de identidad que permite que se nos reconozca como pueblo y a la que hay que defender como reivindicación de nuestra verdad histórica, tan maltratada. Durante siglos desde el XII, el Justicia presidía las Cortes en ausencia del rey, asumiendo la ejecución del Derecho y los Fueros aragoneses y tomaba juramento como Reyes de Aragón a los monarcas, recordándoles que las leyes son de obligado cumplimiento para todos, incluso para el que las promulga, dejando constancia en la confirmación: «Te hacemos Rey si cumples nuestros Fueros y los haces cumplir; si no, no».

Fue Felipe II, en 1591, quien contrarió estos Fueros y tuvo que enfrentarse a las revueltas ciudadanas que le exigían respeto, y decidió sofocar ese orgullo y ese derecho represaliando al Justicia, entonces el joven Juan de Lanuza IV, ordenando su decapitación como forma de acabar con la fuerza de la institución, tan simbólica de la soberanía aragonesa. En 1710, con Felipe V, quedaron abolidos los Fueros de Aragón y la institución. Dicho de otro modo, el Justicia daba cuenta de la autoridad aragonesa, y cortar la cabeza era como cortar esa otra cosa a Aragón. En los años ochenta y con el Estatuto de autonomía se restauró al Justicia con funciones limitadas a supervisar la actividad de la Administración en la sociedad aragonesa, pero como órgano institucional principal de nuestra Comunidad.

Como con el trasvase, hoy se vive una espada de Damocles sobre la institución del Justicia desde el Gobierno central, que no debemos descuidar. Será ignorancia de su función o será remembranza de viejas ideas para someter y borrar las evidencias, pero los aragoneses han de conocer su historia y sus instituciones para defenderlas y estar al quite. Alguien dice que, al cortar la cabeza a Juan de Lanuza, Felipe II también nos cortó el orgullo, los arrestos y la memoria. ¿Hasta hoy?

Una recuperación problemática

CON gran retraso y excesiva duración, la Gran Recesión ha terminado. Y la recuperación, empezado. Este año el PIB crecerá unas décimas más de lo que prevé el Gobierno. Casi todo el mundo asume que será una recuperación lenta pero segura. Puede suceder lo contrario. La previsión de que la recuperación incipiente se robustecerá, se basa en un análisis macroeconómico a corto plazo correcto, pero cuyas predicciones pueden resultar falsas porque son contradictorias con la evolución previsible de la economía mundial.

El análisis a corto plazo arguye que, si la economía mundial mantiene el crecimiento previo a la crisis, el de la española tiene que ser lento porque, debido a las limitaciones impuestas por la Eurozona, tiene que basarse en las exportaciones. Lo que, por ser estas de tecnología media y baja, solo se puede lograr disminuyendo los costes, por reducción de los salarios. Especialmente, cuando Alemania persigue la revaluación del euro. Ello tiende a restringir el consumo y la renta globales. Por ello, mientras el superávit en la balanza corriente no induzca un crecimiento del consumo y de la inversión, el aumento del empleo será pequeño. Salvo, claro está, que antes se impulse el consumo global mediante el crédito, como he dicho en varios artículos en HERALDO desde 2012. Y que ello, una vez que se agote la capacidad instalada ociosa, finalmente arrastre a la inversión.

De manera que el crecimiento que así se logre será inicialmente lento y tardará bastante en acelerarse suficientemente para absorber el paro creado. No es descabellado, por tanto, el cálculo que algunos especialistas hacen de que se tardarán al menos diez años hasta conseguir las tasas de empleo del inicio de siglo. De hecho, hay que advertir que si no se actúa para evitarlo las cifras pueden resultar peores, porque la evolución de la economía mundial, al contrario de lo que supone el modelo, puede también serlo.

Es imprescindible recalcarlo porque, acriticamente, en todo el arco

EL REFLEJO

Por José Ramón Lasuén Sancho, catedrático emérito de Teoría Económica y miembro del Círculo Aragonés de Economía



ideológico español, predomina la creencia de que el desastroso bucle financiero-inmobiliario ha sido solo una desviación pasajera de la fuerte tendencia de crecimiento que experimentamos desde 1960. Por lo que se piensa que el crecimiento, más o menos tarde, volverá con fuerza una vez que se complete el desescombro del desaguisado. Y que, por ello, para lograrlo basta con que se completen las reformas emprendidas.

Es una creencia que puede resultar falsa. Desde hace ya varios años, la vanguardia del pensamiento económico viene advirtiendo que la pauta de fuerte crecimiento económico occidental, que tuvo lugar entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la del Vietnam y que es la que, retardada, sirvió de soporte a la española, ha desaparecido. Y ha sido reemplazada por otra, de crecimiento muy inferior. De estancamiento, para los más pesimistas, como afirma Tyler Cowen en 'The Great Stagnation' (2012) y su continuación, 'Average is over' (2013). O de débil crecimiento transitorio, pa-

ra los optimistas, entre otros Erik Brynjólfsson y Andrew McAfee, en 'Race against the machine' (2013) y 'The Second Machine Age' (2014). Estos últimos piensan que la desaceleración del crecimiento económico occidental es solo transitoria, fruto de las complicadas etapas preparatorias de la revolución digital.

Ahora bien, lo que es más grave, ambas escuelas creen que ese crecimiento más rápido o más lento vendrá en todo caso acompañado inevitablemente de más paro y de una desigualdad económica creciente, como anticipan ya los últimos datos norteamericanos. En efecto, en las últimas dos décadas, la renta mediana de la población de Estados Unidos ha disminuido el 10%. Como consecuencia, se ha producido una creciente concentración de la renta: el 10% más rico de la población tiene el 50% de la renta, el 1% más rico el 22% y el 0,1% más rico el 5,5%. Y el deterioro social no solo ha sido económico; así por ejemplo, la expectativa de vida de las mujeres blancas que no tenían bachillerato ha disminuido de 78,5 a 73,5 años.

El horizonte próximo que ambas corrientes de pensamiento contemplan es, por ello, un crecimiento más o menos lento de la renta media, alto de las rentas altas y de empobrecimiento creciente de las clases bajas y medias. Y, lo que es más novedoso y preocupante, un fuerte aumento del paro en la clase media burocratizada y rutinaria, que puede ser muy fácilmente sustituida por máquinas inteligentes. En resumen, una polarización creciente entre los más ricos y pobres y la desaparición gradual, más o menos intensa, de la clase media, lo que puede desestabilizar social y políticamente a los países.

Algunos de estos síntomas son ya palpables en la economía española. La incidencia del paro y la reducción salarial son ya más fuertes en la clase media que entre los trabajadores manuales. Estos últimos, domésticos, jardineros, electricistas, fontaneros, pintores, cerrajeros etc., refugiados en la economía sumergida, tienen más empleo y mayores remuneraciones que los ba-

chilleros y licenciados universitarios. Pues bien, estos trazos tenderán a ser cada vez más intensos porque no son fruto de las restricciones comunitarias, sino consecuencia de la fuerte tendencia universal apuntada y de la especial debilidad española para resistirla.

En efecto, España, si no lo corrige radicalmente, carece de los tres factores imprescindibles para incrementar el crecimiento de la renta y el empleo en la presente revolución tecnológica. Con la excepción de la enseñanza médica, tiene uno de los peores sistemas educativos de la UE, especialmente en ciencias y tecnología. Otro, de investigación, desarrollo e innovación, apenas incipiente, que en la crisis presente ha vuelto atrás diez años. Finalmente, aunque dispone de algunas de las mejores escuelas de enseñanzas empresariales de la UE, tiene uno de los climas de rechazo social al empresariado mayores de Occidente. Debido a ello, España ha perdido ya la primera etapa de la revolución digital. Olvidó el mundo, se concentró en Europa y en la expansión de servicios inmobiliarios y financieros, ligados con el turismo y financiada con capitales internacionales, y perdió el 30% de su capacidad industrial.

Como resultado, ahora, no solo tiene que desandar el camino hecho. En un mundo cada vez más globalizado e integrado, tiene que crecer no a través de los servicios sino del comercio de bienes físicos. Además, tiene que hacerlo fuera de Europa porque, con la excepción del área germánica, es una zona en regresión mundial. Dentro de unos años apenas alcanzará el 15% del PIB mundial cuando hace apenas medio siglo suponía el 35%.

Para cumplir esa pauta y no hundirse en el subdesarrollo, es imprescindible que España, además de las reformas en curso, dé un vuelco radical en magnitud y calidad a sus programas educativo, científico, tecnológico, empresarial, artístico y cultural. Hasta ahora, el país se ha esforzado en corregir su yerro coyuntural. Tras ese empeño, habrá que hacer otro mayor para invertir los defectos estructurales.

El inquietante perfil de Vladimir Putin

EL hombre más poderoso del mundo a día de hoy. Y que lo ha demostrado. Nada se le pone por delante. Sabe que Obama y la Unión Europea no le van a hacer frente. Después de la caída del telón de acero, es bien cierto que Crimea tenía una mayoría de población rusa, pero al crearse los nuevos estados se acordó que la península de marras continuase siendo ucraniana (ya lo era desde 1954 dentro de la URSS). Entonces Rusia, en horas bajas, no pudo hacer valer su mayor población y Ucrania se quedó con el apetito y veraniego bocado. Pero a lo que no hay derecho es a que el nuevo zar del Kremlin, aprovechando la crisis del vecino país, plantee una anexión no solo de Crimea, sino incluso -quizás a más largo plazo- de la propia Ucrania.

Vladimir Putin ha demostrado

DÍA A DÍA

Por José Luis Mateos

hechuras de conquistador invadiendo Crimea y riéndose de las amenazas 'light' de Occidente. La misma biografía del presidente ruso es un rosario de oportunismo, maquiavelismo, crueldad (por ejemplo en Chechenia) y algo más. La muerte del exespía ruso Alexander Litvinenko está envuelta en una nebulosa en la que no queda libre de sospecha el dilecto Vladimir. El polonio-210 en el té londinense acabó con el refugiado en pocos días.

Es posible que las cosas no vayan a mayores y solo sea una demostración que reporte a Moscú fuerza geoestratégica y económica. Pero no nos podemos fiar. Si la cara es el espejo del alma, Putin ya nos dice con su expresión lo que lleva dentro. Rostro bilioso, inexpresivo, mirada gélida, esas faces que no muestran lo que hay detrás.

Además, su historial es todo un ejemplo que añadir a la del cambio de chaqueta, expresión que ahora ya ni se oye, lo que quiere decir que es muy frecuente. Cuando hoy el mayor valor es la adaptación a lo que hay, en lugar del seguimiento de unos principios, Putin se ha quedado con los más horribles principios del sistema soviético, pero con disfraz capitalista. Este señor nacido en Leningrado (1952), antes Petrogrado y todavía antes y ahora

San Petersburgo, entró en la soviética KGB (Policía Política) en 1975, donde llegó a alcanzar el grado de teniente general. Y también ocupó el cargo de jefe del Servicio Federal de Seguridad, una de las cuatro ramas del KGB. Fue apadrinado por su soviético profesor Sobchak y por Anatoli Chubais, de ideología privatizadora. Este último quizá le ayudó a dar el paso a la supuesta democracia, pues fue director del Servicio Federal de Seguridad (otra vez), ya con otro régimen (1998). Jefe de Gobierno con Boris Yeltsin en 1999, año en el que también ganó las legislativas. Presidente interino, luego lo fue por elección. Un habilísimo émulo de Fouché y Talleyrand en tiempos de Napoleón, que supieron navegar en todas las aguas. El puente indispensable entre el comunismo y el capitalismo.